

OROSIO

HISTORIAS

LIBROS V-VII



La obra del hispano Paulo Orosio tiene un alto valor simbólico, por cuanto representa el surgimiento de una historiografía ideológicamente cristiana en latín, que, en polémica con la resistencia intelectual pagana, trata de hacer ver que no pueden achacarse al advenimiento de la nueva religión las calamidades que se ciernen sobre la Roma de principios del siglo v, como presagios de la crisis final del Imperio. Su pensamiento, pues, entronca con el que inspira la *Ciudad de Dios* de san Agustín, a cuyo magisterio se había acogido Orosio en África, tras abandonar la España invadida por los vándalos en el año 409. Es en África donde, hacia el 416, escribe los *Siete libros de historias contra los paganos*.

La obra es una historia universal, centrada en la de Roma, naturalmente, aunque con el valor de fuente primaria para los tiempos más próximos al momento en que se escribe. Sin embargo –como decíamos–, su mayor interés reside en su inspiración ideológica: Orosio sostiene que, por grandes que sean las calamidades presentes, mayores han sido las anteriores al nacimiento de Cristo, acontecimiento que ha de verse como el centro y culminación de la historia humana.

La presente traducción es la primera que se ha publicado en lengua española, ofreciendo a los estudiosos de la Antigüedad tardía un precioso instrumento de trabajo.

Índice de contenido

Cubierta

Historias - Libros V-VII

Discrepancias

Libro V

Libro VI

Libro VII

Índice de nombres

Notas

DISCREPANCIAS RESPECTO A LA EDICIÓN BÁSICA EN EL PRESENTE TOMO

	Ed. ZANGEMEISTER	LECTURA ADOPTADA
V 12, 1	Q. Titio	Titio Quinto (cf. n. 61).
V 19, 18	siderata	desiderata (Códex <i>Laurentianus</i>)
VI 3, 5	quem	eum (cf. n. 200).
VII 42, 15	felicitate meruit	felicitate occidi meruit (cf. n. 503).

LIBRO V

Desde la destrucción de Corinto hasta la rebelión de Espártaco.

Reflexiones en torno a las victorias romanas a costa de las derrotas de otros pueblos y a la situación del mundo en aquella época en que todas las naciones eran enemigas, frente a la época de Orosio en que el Imperio romano y el cristianismo han hermanado a todos los hombres (1-2).

Destrucción de Corinto (3); luchas con los lusitanos bajo el mando de Viriato; derrota romana frente a los galos salasos; aparición de una peste en Roma; nuevos enfrentamientos con los lusitanos y numantinos; poderío de Mitrídates; el cónsul Mancino firma la paz con los numantinos: reflexiones sobre este hecho y sobre el castigo que mereció Mancino por ello; continuación de las campañas de los generales romanos en España (4-5).

Nuevos prodigios y desastres: un niño con cuatro manos, cuatro pies y cuatro ojos; reactivación del Etna; sublevación de esclavos en Sicilia (6). Destrucción de Numancia (7). Sublevación de Tiberio Graco y nuevos levantamientos de esclavos en Sicilia y otros lugares (8-9). Se acumulan ahora las guerras y desastres: derrota y victoria en la guerra contra Aristónico, hermano de Atalo; incesto y parricidio de Tolomeo, rey de Alejandría; guerra entre Antíoco, rey de Babilonia, y Fraates del Ponto; nueva reactivación del Etna; peste en África; intento de restauración de Cartago (10-12, 1).

Levantamiento de Gayo Graco (12). Se acumulan de nuevo los éxitos y los desastres: conquista de las Baleares por Metelo; victoria de Q. Marcio sobre los arvernos y otros galos (13-14).

Guerra de Jugurta y nuevos prodigios y calamidades: una doncella es fulminada por un rayo durante una tormenta; adulte-

rios de vírgenes vestales; derrota del cónsul L. Casio a manos de los tigurinos; robo del botín tomado a la ciudad de Tolosa (15).

Cimbrios y teutones: la victoria de Mario frente a ellos (16). Alianza de Mario con Saturnino y Glaucia: sus crímenes (17). La guerra social contra los itálos (18). La guerra contra Mitrídates: crímenes de Mario mientras Sila se encuentra en Asia (19). Vuelta de Sila y represión (20-22). Guerra de Sertorio en España (23, 1-16).

Campañas de Claudio y Escribonio en Macedonia y Dardania, de Publio Servilio en Cilicia y Panfilia, y de Cosconio en Iliria (23, 17-29).

Rebelión y derrota de Espártaco. Comparación entre aquella época de tantas guerras y la época cristiana (24).

Yo sé que a partir de ahora algunos posiblemente se admiren porque las victorias romanas se intensifican a costa de grandes pérdidas de muchos pueblos y ciudades. Aunque, si observan atentamente la situación, encontrarán que fue mayor el daño que los beneficios; y es que no deben ser olvidadas otras muchas guerras de esclavos, sociales^[1], civiles y de desertores, que no acarrearón ningún beneficio y sí muchas desgracias. Pero dejemos que a ellos les parezca que fue tal como ellos quieren; dirán, creo yo, entonces: «¿Qué más feliz que aquella época en que los triunfos fueron continuos, las victorias numerosas, los botines abundantes, los séquitos ilustres, y en que, ante el carro del vencedor y en larga fila, eran conducidos grandes reyes y pueblos vencidos?» A éstos se les puede responder brevemente que mientras ellos mismos suelen quejarse ahora de los tiempos, nosotros, en favor de esos mismos tiempos, hemos entablado una discusión; tiempos que evidentemente no afectan a una sola ciudad, sino que son compartidos por todo el mundo. Consiguientemente la misma felicidad que sintió Roma venciendo, fue infortunio para los que, fuera de Roma, fueron vencidos. ¿En cuánto, pues, ha de ser estimada esta gota de trabajada felicidad, a la que se atribuye la dicha de una sola ciudad, mientras una gran cantidad de infortunios producen la ruina de todo el mundo? Si se consideran felices aquellos tiempos porque en ellos aumentaron las riquezas de una sola ciudad, ¿por qué no se consideran más bien desafortunados porque en ellos desaparecieron poderosos reinos con lamentable pérdida de muchos y bien desarrollados pueblos? O ¿acaso los consideraba de otra forma Carta-

go, cuando después de ciento veinte años –en los cuales, a pesar de temblar unas veces ante los desastres bélicos y otras ante las condiciones que se le exigían para la paz, podía cambiar, sin embargo, ya recurriendo a la rebeldía, ya a las súplicas, la paz por la guerra y la guerra por la paz–, terminó por fin toda la ciudad convertida en una pira, al arrojar-se al fuego uno por uno todos sus ciudadanos arrastrados por una extrema desesperación? Para ella todavía ahora, cuando ya es pequeña en territorio y sin murallas, es algo triste escuchar lo que fue en otro tiempo. Que dé Hispania su opinión de los tiempos en que, a lo largo de doscientos años, regaba con sangre todos sus campos en toda su extensión y no podía rechazar ni sujetar a un enemigo que lo turbaba todo a sus anchas por todas partes; de los tiempos en que ellos mismos, en sus distintas ciudades y lugares, rotos por los desastres bélicos y agotados por el hambre de los asedios, ponían, como remedio a sus desgracias, fin a su vida, enfrentándose y matándose unos a otros, tras haber ejecutado a su vez a sus esposas e hijos^[2]. ¿Qué opinión tendría en aquella ocasión de sus tiempos? Que lo diga por fin la propia Italia^[3]: ¿por qué obstaculizó, se opuso y rechazó durante cuatrocientos años a los romanos (que eran también itálicos), si la fortuna de éstos no era un infortunio para ellos, y si el hecho de que los romanos se convirtieran en dueños de la situación no era un obstáculo para el bien común? Y no pregunto a los innumerables pueblos de las distintas razas, pueblos antes largo tiempo libres, pero sometidos entonces en la guerra, separados de su patria, vendidos por dinero y dispersos por la esclavitud; no les pregunto qué hubieran preferido en aquella ocasión, qué opinaban de los romanos, qué pensaban de sus tiempos. Paso por alto a los reyes de grandes recursos, de grandes ejércitos, de gran gloria, reyes largo tiempo poderosos, pero hechos un día prisioneros, humildemente encadenados, pasados bajo el yugo, llevados ante el carro del vencedor, destrozados en prisión. Preguntarles a ellos su opinión es tan necio como duro el no dolerse de su desgracia.

Pensemos en nosotros, sí, en nosotros, digo, y en la forma de vida que hemos elegido y en la cual descansamos. Nuestros antepasados hicieron guerras, y, al pedir la paz cuando se cansaban de las guerras, tenían que pagar tributos. El tributo es el precio de la paz. Nosotros pagamos tributos para no tener que sufrir guerras; y, por ello, nosotros nos hemos parado y nos quedamos en el puerto al que ellos sólo huían para escapar de las tempestades de las desgracias. Así pues, yo podría ahora considerar nuestros tiempos para ver si son felices. La verdad es que yo los considero más afortunados que aquellos otros, porque, lo que ellos eligieron como último recurso, nosotros lo tenemos sin interrupción. La inquietud de las guerras, por la que ellos fueron atormentados, nos es en efecto desconocida a nosotros. Por otra parte, nosotros nacemos y envejecemos en la tranquilidad que ellos débilmente gustaron tras el gobierno de Augusto y el nacimiento de Cristo; lo que para ellos era el pago que se abonaba para salir de la servidumbre, para nosotros es una libre aportación para nuestra defensa. Es tanta la diferencia entre los tiempos pasados y los actuales que lo que entonces Roma arrancaba de nuestras manos con las armas para su propio lujo, ahora ella misma lo reúne juntamente con nosotros para utilidad de un estado que es común. Y si alguno dice que nuestros antepasados soportaron mejor a los enemigos romanos que nosotros a los godos, que se entere y que comprenda qué distinto es lo que a él le parece y lo que realmente sucede a su alrededor.

En otro tiempo, cuando las guerras hervían por todas partes, cada provincia tenía sus reyes, sus leyes y sus costumbres; y no había comunidad de sentimientos donde había diversidad de poderes. En definitiva, ¿qué podría unir en último extremo a pueblos alejados entre sí y bárbaros, a los cuales, educados en distintos ritos sagrados, los separaba incluso la religión? Si alguien en aquella época, cansado de la crueldad de sus desgracias, tuvo que abandonar su patria en manos del enemigo, ¿a qué desconocido lugar se pudo acercar, él, desconocido? ¿A qué pueblo, generalmente

enemigo, se pudo acercar suplicante él, enemigo? ¿En quién pudo confiar en su primera etapa del viaje, él que no había sido invitado por la identidad de nombre, que no había sido atraído por la comunidad de derecho, y que no se podía sentir seguro por la identidad de religión? ¿Acaso es poco el ejemplo que dieron Busiris^[4], que impiamente inmolaba en Egipto a los infelices extranjeros que llegaban, y los litorales de Diana Táurica, crueles con los que llegaban a ellos y crueles sobre todo por sus ritos sagrados^[5], y la Tracia, con su rey Poliméstor, criminal incluso con sus huéspedes más allegados?^[6] Y, para no dar la impresión de que me detengo en hechos antiguos, Roma misma es testigo del asesinato de Pompeyo y Egipto del asesino Tolomeo^[7].

Yo, sin embargo, que aprovecho para huir la primera perturbación de una situación turbulenta, sea ésta del tipo que sea, y la aprovecho porque estoy totalmente seguro de encontrar un lugar de refugio, tengo en cualquier sitio mi patria, mi ley y mi religión^[8]. Ahora concretamente África me ha recibido tan amablemente como confiadamente yo me he acercado a ella^[9]; ahora, repito, esta África me ha recibido en su sencilla tranquilidad, en su propio seno, en su justicia que es de todos; África, de la cual se dijo en otro tiempo y se dijo con razón esto:

... nos vemos privados de la hospitalidad de su playa, la guerra empuja e impide que nos asentemos en la primera tierra que encontramos^[10].

Ahora voluntariamente ha abierto su anchamente generoso regazo para recibir a sus aliados en la religión y la paz^[11], y voluntariamente invita a los cansados para darles alivio.

El ancho Oriente, el abundante Norte, el vasto Sur y los amplios y seguros lugares de las grandes islas me pertenecen en virtud del derecho y del nombre^[12], porque me acerco, como romano y cristiano, a ellos que son cristianos y romanos. No tengo miedo a los dioses de mi anfitrión, no tengo miedo de que su religión sea mi muerte, no hay un lugar al que deba temer, donde a su dueño le esté permitido per-

petrar lo que quiera y al peregrino no le esté permitido alegar lo que le convenga, un lugar donde exista un derecho de hospitalidad del que yo no pueda participar. El Dios único, que estableció esta unidad de gobierno en la época en que él mismo quiso darse a conocer, es amado y temido por todos. Por todas partes campean las mismas leyes, que están sometidas al Dios único: sea el que sea el lugar al que yo llegue como desconocido, no temo un repentino ataque como si fuese un desamparado. Entre los romanos, como dije, soy romano, entre los cristianos soy cristiano, entre los hombres soy hombre; por la ley puedo recurrir al estado, por la religión a la conciencia humana, por la idéntica comunidad de naturaleza, a la naturaleza. Para mí ahora, por un tiempo, toda la tierra es, por así decir, mi patria, ya que la verdadera patria, la patria que anhelo, no está de ninguna forma en la tierra. Nada pierdo donde no tengo nada que aprecie, y lo tengo todo porque está conmigo aquel a quien amo, sobre todo porque él mismo está entre todos; él que es el que me ha hecho a mí no sólo conocido de todos sino también cercano a todos; él no abandona al necesitado porque de él mismo son la tierra y su plenitud, de la cual mandó que todas las cosas fuesen comunes para todos.

Éstos son los bienes de nuestra época, bienes que de ninguna forma tuvieron nuestros antepasados, ni en lo que se refiere a tranquilidad por el presente, ni a esperanza en el futuro, ni a protección común; y por ello estuvieron en continuas guerras, porque, al no ser libre la participación en los cambios de sedes, fueron lamentablemente asesinados o vergonzosamente esclavizados por tener que quedarse en las que poseían.

Esto quedará mucho más claro y evidente cuando expliquemos por orden los propios hechos de los antepasados.

De la acción llevada a cabo por el cónsul Mumio en Corinto, en orden a la destrucción de esta florecien-

En el año 606 de la fundación de la ciudad, es decir, el mismo año en que fue destruida Cartago, durante el consulado de Gneo Cornelio Léntulo y Lucio Mumio^[13], a la caída de Car-

*te ciudad el mismo
año de la destrucción
de Cartago, y de la
derrota de aqueos y
beocios a manos del
pretor Metelo*

tago siguió la destrucción de Corinto; en el pequeño intervalo, pues, de un solo año, esparció su resplandor en partes distintas del mundo el incendio de dos poderosísimas ciudades.

Efectivamente, cuando el pretor Metelo derrotó a la alianza de aqueos y beocios en dos batallas, a saber, la primera de ellas en las Termopilas y la segunda en Fócide –en la primera batalla cayeron, según el testimonio del historiador Claudio^[14], veinte mil enemigos y en la segunda siete mil; Valerio Antias^[15] afirma que la batalla fue en Acaya y que murieron veinte mil aqueos con su general Dieo; Polibio, que era aqueo^[16] y que, a pesar de estar entonces en África con Escipión, habla, sin embargo, también de ello porque no podía ignorar un desastre de su país, asegura que sólo se luchó una vez en Acaya bajo el mando de Critolao y transmite que Dieo, por su parte, que había traído soldados de Arcadia, fue destruido juntamente con su ejército por el propio Metelo. Pero de estas distintas divergencias entre los historiadores ya dijimos algunas cosas, de las cuales baste ahora esta manifiesta y mal conocida marca de los embusteros: «Que con toda evidencia manifiestan que son poco dignos de crédito en las demás cosas quienes no coinciden ni siquiera en aquellas que vieron con sus propios ojos»–; pues bien, tras la extinción de los contingentes de toda Acaya, cuando el pretor Metelo estaba tramando la destrucción de las ciudades desamparadas, llegó de repente con unos pocos al campamento el cónsul Mumio; éste, tras destituir inmediatamente a Metelo, se lanza sin demora al asalto de Corinto, la ciudad con mucho más rica de todas en todo el mundo de entonces; y es que ella había sido desde hacía muchos siglos la fábrica de todos los artistas y de todas las profesiones y el emporio común de Asia y Europa. Tras permitírseles cruelmente hacer botín incluso a los prisioneros que iban en el ejército, todo cayó bajo la sangre y el fuego, de forma que del círculo de los muros salía un incendio que, al estrecharse, formaba una sola punta de llama

como si saliese de un horno. En consecuencia, fue aniquilada a hierro y fuego gran parte de la población y los demás fueron vendidos como prisioneros de guerra. Una vez incendiada la ciudad, los muros fueron derruidos desde sus cimientos. Las piedras del muro fueron reducidas a polvo y se arrancó un ingente botín. Por cierto que en el incendio de la ciudad, al derretirse en una sola mezcla todos los metales, el oro, la plata y el bronce debido a la gran cantidad y variedad de estatuas e imágenes que había, se consiguió un nuevo tipo de metal que, a partir de entonces y hasta hoy, recibe el nombre, según la tradición, de bronce y vasos corintios^[17], ya porque se trata del mismo metal ya porque es una imitación de aquél.

De un tal Viriato, bandido hispano de estirpe lusitana; del número e importancia de los enfrentamientos con que, temerariamente, aterrorizó con frecuencia a los romanos, y de la victoria de trescientos lusitanos, que derrotaron a un ejército romano más numeroso sirviéndose más de emboscadas que de lucha abierta

Durante el consulado de los mismos personajes, Viriato, de origen lusitano, pastor y bandolero, aterrorizó en Hispania a todos los romanos, asaltando primero los caminos, asolando después las provincias, y venciendo, poniendo en fuga y derrotando, por fin, a los ejércitos de los pretores y cónsules. Efectivamente, mientras recorría y vagaba por los territorios del Ebro y del Tajo; ríos caudalosos y de ubicación distante entre sí, se le enfrentó el pretor Gayo Vetilio; éste, tras perder hasta la aniquilación total casi todo su ejército, apenas pudo él mismo librarse, amparándose en la fuga, con unos pocos^[18]. Posteriormente el mismo Viriato puso en fuga, tras derrotarle en muchos enfrentamientos, al pretor Gayo Plautio. Luego, el propio Claudio Unimano, que había sido enviado con un gran aparato bélico contra Viriato para que borrara la mancha de la derrota anterior, aumentó aún más vergonzosamente la infamia; en efecto, en un enfrentamiento con Viriato perdió todas las tropas que había llevado consigo y las fuerzas más importantes del ejército romano.

Viriato, como trofeo, clavó en los montes de su dominio los signos externos consulares, las fasces y demás insignias romanas.

En esta misma época, trescientos lusitanos se enfrentaron a mil romanos en un desfiladero; en la batalla, según el testimonio de Claudio, murieron setenta lusitanos frente a los trescientos veinte romanos caídos; y, mientras los lusitanos se retiraban en grupos y tranquilos como vencedores, uno de aquéllos, que se había alejado de los otros, al ser rodeado, él que iba a pie, por unos soldados romanos de a caballo, hirió con su lanza al caballo de uno de éstos y cortó de un solo tajo la cabeza del mismo jinete, aterrorizando de tal forma a todos los demás que, mientras todos miraban, él escapó desdeñosa y tranquilamente.

De la batalla que Apio Claudio protagonizó contra los galos salasos, y de la peste que cruelmente afectó en esta misma época a Roma

En el año del consulado de Apio Claudio y Quinto Cecilio Metelo^[19], Apio Claudio, en un enfrentamiento y derrota frente a los galos salasos, perdió cinco mil soldados. En la reanudación de la lucha, aniquiló a cinco mil enemigos. Y, como, de acuerdo con una ley que establecía que tenía derecho a celebrar el triunfo todo aquel que hubiese dado muerte a cinco mil soldados, pidiera él también la celebración del triunfo, pero no lo consiguiera a causa de los desastres anteriores, haciendo uso de una desvergüenza y ambición infames, sufragó los gastos de la celebración triunfal con dinero privado^[20].

Durante el consulado de Lucio Cecilio Metelo y Quinto Fabio Máximo Serviliano^[21], entre otros fenómenos, se vio en Roma un hermafrodita; por mandato de los harúspices fue arrojado al mar; pero la realización de esta infame expiación no sirvió de nada, ya que se originó de pronto una peste tan grande que en un primer momento no bastaban y después incluso faltaban los encargados de realizar las exequias. Como consecuencia, quedaron sin vivos y llenas de muertos incluso casas ilustres; dentro, enormes herencias, pero ni un solo heredero en absoluto. Por último, ya no sólo

no se podía vivir en la ciudad, sino ni siquiera acercarse a ella: tan violentos eran los hedores de los cadáveres, en descomposición en las casas y en los lechos, que corrían por toda la ciudad. Aquella expiación cruel y que enseñaba a buscar el remedio a las muertes humanas en la muerte de un hombre, apareció por fin ante los romanos, avergonzados ante tantas desgracias, como algo lamentable e inútil. Efectivamente, este remedio se había aceptado poco antes por el deseo de prevenir una desgracia; y lo que se consiguió fue una peste, la cual, sin embargo, amainó sin necesidad de recurrir a ninguna expiación por medio de sacrificios, sino sólo cuando terminó la epidemia de acuerdo con la medida de secretas leyes.

Si por casualidad aquellos harúspices, artífices de engaños, hubiesen estado celebrando la expiación –cosa que suelen hacer– en el momento en que la enfermedad ya empezaba a remitir, sin duda que hubieran reivindicado para ellos, para sus dioses y para sus ritos la gloria de la salud recuperada. De esta forma era engañada con mentiras, de las cuales no se podía librar, aquella ciudad desgraciada y propensa por sus erróneas supersticiones a los sacrilegios.

De la guerra del cónsul Fabio con los lusitanos y Viriato, y de la infamia que el mismo cónsul, en contra de la palabra dada, cometió, cortándoles las manos, en la persona de los aliados del Estado, que se habían entregado espontáneamente con muchas de sus ciudades

Volviendo a los hechos, el cónsul Fabio, en su enfrentamiento con los lusitanos y Viriato, liberó, rechazando a los enemigos, la ciudad fortificada de Bucia^[22], que estaba siendo asediada por Viriato, y la recibió bajo su dominio juntamente con otras fortalezas.

Llevó a cabo también una acción execrable contra los últimos bárbaros de Escitia, por no decir contra la palabra dada por Roma y contra la moderación. Efectivamente, a quinientos de sus nobles, a quienes de acuerdo con el derecho de la rendición había recibido tras ofrecerles una alianza, les cortó las manos.